

CAPITULO II.

UN ARDID DE AMANTE.

—Ha entrado en el número 18, dijo Edmundo á Gustavo.

—¿Estás contento?

—Sí, pero tiemblo. . . .

—¿De qué?

—De que tal vez no viva aquí. . . . Es aun muy temprano, y puede ser que venga á almorzar con su padre.

—Es muy posible.

—Y ¿cómo harémos para saberlo?

—¿Te empeñas mucho en ello?

—¡Sí me empeño!

—Pregúntalo entónces.

—Pero ¡si ella fuere á bajar miétras yo hablaba con la portera!

—Te miraria, he aquí todo, y el padre te reconoceria acaso.

—Ah! el padre no me reconoceria, pues que ni aun me ha mirado cuando devolví el guante á su hija.

—Pardiez! entremos, que no hemos de morir por ello!

Los dos jóvenes se adelantaron hácia la casa, porque se habian detenido para hablar lo que acabamos de copiar.

Durante este tiempo habia detras de una persiana cerrada una cabecilla femenil que vigilaba á nuestros jóvenes, y que no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, cuando los vió dirigirse á la puerta de la casa, y entrar en ella.

—Ya pensé un ardid, exclamó de repente Edmundo, despues de haber mirado á su alrededor.

—¿Cuál es?

—Vas á verlo. Señora, dijo á la portera, ¿tiene vd. algun aposento de alquiler?

—Sí, caballero.

—¿Hácia la calle ó interior?

—Hácia la calle.

Despues de haberse hecho dar Edmundo una descripcion minuciosa del aposento, el número de piezas que lo componian y el precio, añadió:

—Parece que me convendrá perfectamente: ¿tiene vd. la bondad de enseñarnos ese aposento?

Edmundo aguardaba todavía encontrar á la joven; pero la escalera estaba desierta y tuvo que resignarse á hacer preguntas.

—¿No es aquí donde vive un anciano que tiene una hija? dijo á la portera, aparentando

examinar el aposento, que ni aun siquiera miraba.

—El Sr. Devaux, contestó la portera.

—Me parece efectivamente que ese es su nombre. La hija tendrá de diez y seis á diez y siete años, y se llama Julieta, segun creo.

—No, señor, se llama Antonina; acaba de entrar no hace muchos instantes con su padre.

—Ya me acuerdo muy bien. Sí, se llama Devaux. Su muger ha muerto ¿no es cierto? se aventuró á decir Edmundo.

—Sí, señor, hace dos años.

Edmundo dirigió á su amigo una mirada, que queria decir: ¿Lo que hago, no te parece muy ingenioso?

—¡Pobre señora Devaux!... continuó Edmundo, ¿cuando me acuerdo.

—Si vd. quiere subir, dijo la portera, es en el segundo piso. . . .

—No, no, temeria molestar al Sr. Devaux; pero me consideraré dichoso viviendo bajo el mismo techo que él. . . . ¿Y en qué se ocupa ahora?

—Todavía es médico.

—Ah! ciertamente. . . . Yo creia que se habia retirado. . . .

—Vive precisamente frente á este aposento.

—Muy bien, señora, este es muy conveniente, dijo Edmundo, quien sabiendo todo lo que deseaba, queria marcharse; yo vendré mañana á darle á vd. la respuesta.

La portera hizo notar todavía algunas de las ventajas que poseia la localidad, y nuestros dos amigos salieron de la casa, prometiendo volver al dia siguiente.

—¿Qué buena portera, dijo Edmundo á Gustavo cuando se hallaron en la calle, no ha visto mas que un muerto!

—Oh! si tú eres un diplomático astuto. . . héte aquí ya muy adelantado!

—Ciertamente! y ¿no oiste lo que me ha dicho?

—No he puesto en ello grande atencion.

—Este Sr. Devaux es médico.

—Y luego?

—Y luego? Qué esto me proporciona un motivo para entrar en su casa.

—Cómo?

—Vendré á hacerle una consulta.

—Para quién?

—Para mí.

—¿Pero si tú no estás malo!

—Y esto ¿qué me importa? inventaré una enfermedad.

—¿Acometes seriamente esta aventura?

—Sin duda ninguna, y no la abandonaré sino cuando se me haya demostrado que pierdo el tiempo.

—Entonces la abandonarás muy pronto, porque esa jovencita debe ser muy honrada, ha de estar muy escrupulosamente vigilada por su pa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, M.

dre y muy poco dispuesta á dejarse hacer la corte.

—No me ocupo del porvenir. Lo que sé es que esa muchacha es lindísima y que me agrada. He encontrado el medio de verla, porque tengo esperanzas de que á tanto venir á casa de su padre, la he de encontrar, y ella no dejará de adivinar el motivo que me trae. . . . me enamoraré ó no ¿quién sabe? pero en todo caso me resulta una distraccion, y como nada tengo que hacer, agarro por los cabellos esta feliz oportunidad. ¿Me equivoco?

—No, por cierto.

Hablando de esta manera Edmundo y Gustavo, se habian elejado de la casa, no sin volver á ella muchas ocasiones la cabeza.

La señorita Antonina ni un momento se habia apartado de su punto de observacion.—

Todo el mundo conoce las tendencias romancescas de las jóvenes; no tenemos, pues, necesidad de esplicar la preocupacion que naturalmente resultó para ella del encuentro de la mañana.

Antonina se perdía en congeturas; se hacia á sí misma mil preguntas diversas, entre otras, qué cosas habrian dicho los jóvenes á la portera. Esto, sin embargo, no era muy difícil de saberse, y ya encontraria modo de averiguarlo.

Es preciso siempre que las jóvenes pasen su tiempo y ocupen su imaginacion con alguna cosa.

Durante los dos años que median entre la salida del colegio y el contrato matrimonial, es decir, de los diez y seis á los diez y ocho años, las mugeres se preocupan demasiado con esa gran cuestion, el amor, en la cual casi siempre se equivocan la primera vez que la tratan. Todo, aun hasta para las mas castas, llega á ser pretexto de ensueños, y sirve de base á esos encantadores castillos de baraja, que ellas construyen en su ignorancia, y que se desvanecen al mas ligero soplo; pequeñas esperanzas y levísimos desengaños, que ni aun lastiman el corazon, y que no son otra cosa que los sueños de una alma que se despierta.

Preguntad á la mas virtuosa esposa, cuántos nombres ántes de su matrimonio han sonado dulcemente á sus oidos, y os confesará siempre tres ó cuatro de esas pasiones que, durante un dia por lo ménos, creyó serian eternas, y de las cuales rié, con todo su corazon, cuando por casualidad se encuentra en el mundo con los que se las habian inspirado.

¿Cuántas sombras pasan delante de ese purísimo espejo, que se llama una doncella; se reflejan ahí un instante, y desaparecen sin dejar ni aun huella de su paso!

Aquí es donde siempre se halla la tradicion de los primitos.

No hay que admirarse, pues, de que el empeño de los dos amigos ocupase un poco á Antonina Devaux.

—Cuando mas tarde, mañana, decia Edmundo, iré á ver al padre de Antonina.

—¿Ya la llamas Antonina sencillamente?

—Es porque es digna de adoracion. ¡Qué lindos piececitos; qué aire tan dulce, tan lleno de distincion!... Oh!... hay cosas que ahora comprendo...

—¿Cuáles?

—Ya comprendo que puede uno enamorarse perdidamente á una primera vista, como en las novelas del siglo diez y ocho.

—Es muy posible; pero entónces es un amor de corta duracion.

—¿Y por qué?

—Por que entónces no está uno enamorado mas que por los ojos; y hasta el amor necesita del raciocinio. Siempre los amores serios y profundos nacen y se desarrollan con la comparacion, con el exámen minucioso, y nunca por el conjunto de una mirada...

—No por esto es ménos cierto que si de aquí á esta tarde pudiera pedir la mano de la señorita Devaux, obtenerla y casarme con ella, lo haria sin remedio.

—Todo éllo formaria un bonito ajuar.

—¿Qué quieres? así soy yo.

—Dentro de dos dias ya no te acordarás de la señorita Devaux.

—Me parece que te engañas!

—¿Cuántas ocasiones te he visto hablar como hoy!

—Es cierto, pero no era por mugeres como ésta. Era por mugeres que tenian ya una larga esperiencia del amor, miéntras que ahora se trata de una niña que todavía no ha amado.

—¿Qué sabes tú?

—Es probable.

—Con las mugeres nada es probable.

—Pues en todo caso, yo lo sabré. Lo que me hará creer que esta impresion será mas duradera de lo que crees, es, que aunque he visto muchas jóvenes de la misma edad que la señorita Devaux, y tal vez mas lindas que ella, nunca he sentido por ninguna lo que siento por ella.

—Pues mas me agrada Nichette.

—Nichette es una hermosa muchacha; pero no creo que tengas la pretension de compararla con Antonina.

—Nichette es una muger como le conviene á un jóven de tu edad; alegre, bonita, de talento y de buen corazon. Si tú te llegas á enamorar de la señorita Antonina, porque es imposible que lo estés ya, no pueden suceder mas que tres cosas: que ella llegue á ser tu querida, ó que llegue á ser tu muger, ó que no te quiera ni como amante ni como esposo.

De cualquiera de esos casos debe resultar para tí, por lo ménos, fastidio, si no es que una desgracia.

Si llega á ser tu querida, lo cual es muy po-

co probable, no solamente á causa de la virtud que ella tenga, sino por la vigilancia de que debe estar rodeada, tú sufrirás el no poderla ver sino muy raras ocasiones; tendrás que vencer dificultades sin cuento; tendrás que echarte en cara el haber arrancado de la virtud y del deber á una honrada muchacha; y el dia en que fatigado de todo esto quieras romper con ella, no lo podrás hacer, sin ser un hombre perverso y sin piedad.

Si ella llega á ser tu esposa, llegará un dia inevitable en que te convenzas de que has hecho una locura, porque siempre ha de ser locura casarse con una muger viuda ó vírgen, solo porque al alzarse el vestido para no mancharlo con el lodo de una calle, ha dejado ver que tiene bonitas piernas. Si, finalmente, no logras ni lo uno ni lo otro, llegarás á ser, con ese carácter sentimental que te conozco, un insípido imitador de *Wuerther*, tipo muy hermoso en una novela, pero soberanamente fastidioso en la vida. Renuncia, pues, buenamente á esta empresa, y no hablemos mas de ello.

Has visto pasar á una muchacha bonita, que tiene los piés chicos y la pierna bien hecha; la has seguido, la has levantado su guante, sabes su nombre y su habitacion; quieres decirme qué mas quieres, y qué ridícula idea se te ha metido en la cabeza de prestarle tanta gravedad á toda esa niñería?

—Mi querido Gustavo, yo soy de esos que creen que el gérmen de todas las cosas es siempre muy pequeño. Yo soy fatalista, y estoy convencido de que los principales sucesos de nuestra vida tienen por origen eso que llamamos pequeñas casualidades. Nada hay inútil en nuestro destino.

¡Cuántas gentes al volver la vista hácia su pasado, encuentran pequeñísimos sucesos, tan indiferentes en apariencia como el de esta mañana, y se aperciben de que ellos han representado un papel importante en su existencia! Yo soy jóven; nada tengo que hacer; soy rico; soy guiado por mis sentimientos mas bien que por mi razon, ya lo sé, pero soy hombre de honor y no creo ni temo dejarme arrastrar mas allá de los primeros límites de la lealtad y la justicia: hé aquí por qué me he jurado dejar mi vida á la corriente de las circunstancias, ora me lleven á la tempestad, ora á la calma.

No diré que amo á la señorita Antonina, pero sí que de todas las cosas que podría hacer, la que mas me agrada y mas bello porvenir me ofrece, es ocuparme de ella, y eso procuro hacer: que esta ocupacion conduzca al amor ó á la indiferencia, al placer ó á la tristeza, poco importa!

—No hablemos ya de ello. Despues de todo, no creo que de esto resulte una gran desgracia. Nos hallamos en Estío, y puedes ron-

dar bajo las ventanas de tu hermosa, sin correr ni aun el riesgo de acatarrarte. . . Sueña, pues, amigo mio, y si tu aventura toma mayores proporciones y yo puedo serte útil en alguna cosa, piensa en mí . . .

Los dos amigos cambiaron un apretón de manos, y hasta que hubieron llegado á casa de la madre de Edmundo, que vivia en la calle de los *Tres Hermanos*, no se volvió á hablar de la señorita Devaux.

Llegados que fueron á la puerta de la casa de la señora de Péreux, Gustavo se despidió de Edmundo.

—¿No subes á ver á mi madre? preguntó éste á aquel.

—No, no tengo tiempo.

—¿Pues á dónde vas?

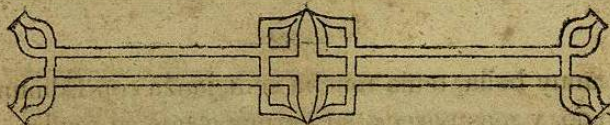
—Voy á casa de Nichette, á quien hace dos días que no veo.

—¿Cuándo nos verémos?

—A la noche sin falta.

—Te espero: hasta la noche!

Se apretaron la mano ambos jóvenes, y se separaron.



CAPITULO III.

**UNA JOVEN MADRE.**

Edmundo atravesó un ancho zaguan, tomó por una escalera que se hallaba á la derecha; subió dos tramos; llamó en una doble puerta, y preguntó al criado que vino á abrirle:

—¿Está en casa mi madre?

—Sí, señor, contestó el criado.

Entonces pasó el joven por un estenso aposento elegantemente amueblado, y entró en un tocador, verdadero tocador de muger, tapizado de alto á bajo con una rica tela de seda, fresco y sombrío, adornado con todos esos accesorios inútiles, tales como juguetes chinescos, flores, porcelanas, de los cuales, las costumbres de las mugeres elegantes han acabado por hacer cosas indispensables.

Cerca de la ventana entreabierta una muger se hallaba sentada en un butaque, y bordaba inclinada sobre un bastidor.

Esta muger tenia treinta y nueve años y á lo mas representaba treinta y cinco. Era todavía